LA CENSURA EN LA URSS

El Vigésimo Congreso de los escritores soviéticos no fue diferente de los del pasado, salvo en los documentos que denuncian la censura y la complicidad que la hace pública.

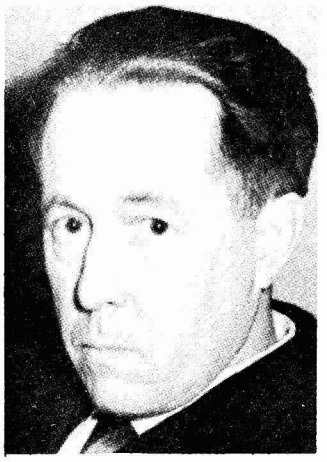
Las cartas de Solzhenitsin y de la Chukóvskaya, comprueban la persistencia de actos voluntarios y abyectos, pero también la decisión de unos cuantos de abolir un sistema que impide una verdadera vida intelectual en la Unión Soviética.

Los juicios a Sinyavsky y Daniel, los encarcelamientos de quienes protestaran contra las sentencias de que aquellos son víctimas, el silencio ante la carta de setenta y nueve escritores soviéticos Pautovski, Evtushenko, Yvardovski, etc., pidiendo a su Unión un debate sobre las denuncias de Solzhenitsin, y el asedio a Voznesenski, prueban que la literatura, bajo el más desarrollado país socialista, carece de la libertad que le es substancial.

El destino de la literatura soviética importa a todos. La censura, en la URSS, Madrid o Lima, atañe a todos los hombres, tanto como los afecta la agresión a un pueblo o la indiferencia ante un acto injusto. Todo esto, que en lenguaje fascista se llama xenofilia, demuestra que, bajo el capitalismo o el socialismo, ninguna libertad es posible sin la libertad de la palabra. G. G. C.

Alexander Solzhenitsin

Carta al Congreso de escritores



Como no tengo acceso a la tribuna, pido al Congreso que examine las siguientes cuestiones:

1] La opresión, a la larga insoportable, que sufre nuestra literatura desde hace decenas y decenas de años, por parte de la censura y a la que la Unión de escritores no puede ya plegarse.

La censura, como no está aprobada por la Constitución, es ilegal; la censura, que no dice jamás su nombre, hace pesar su yugo sobre la literatura bajo la oscura apelación del "Glavlit"; faculta a las personas sin cultura, la posibilidad de tomar medidas arbitrarias contra los escritores. La censura, esta sobreviviente de la Edad Media, especie de Matusalén, vive casi en el siglo XXI; se atribuye lo que es intemporal y separa los libros buenos de los malos.

No se reconoce a nuestros escritores el derecho a exponer ante los otros sus juicios sobre la vida moral del hombre y de la sociedad, de elucidar a su manera los problemas sociales de los que la experiencia histórica de nuestro país ha tenido pruebas tan profundas. Las obras que habrían podido expresar pensamientos madurados en el pueblo, ejercer en el tiempo deseado y de una manera preciosa, una influencia en el dominio espiritual o sobre la evolución de la conciencia social, se prohíben o deforman por la censura a consecuencia de cálculos mezquinos egoístas, y sin tomar en cuenta el punto de vista del pueblo.

Excelentes manuscritos de autores jóvenes, aún desconocidos, se rechazan ahora en las redacciones por la sola razón de que "no permanecerán". Muchos de los miembros de la Unión, lo mismo que los delegados a este Congreso, saben que ellos mismos se han tenido que inclinar ante las presiones de la censura, ceder en lo que respecta a la estructura y a la orientación de sus obras. Han cambiado capítulos, páginas, párrafos, frases; se ablandan al ver sus libros impresos y eso los daña irremediablemente. Si se tienen en cuenta las particularidades de la literatura, estas mutilaciones, perniciosas para las obras de talento, son completamente imperceptibles para los demás. La mayor parte de nuestra literatura, actualmente está mutilada.

Al mismo tiempo, las etiquetas de la censura ("ideológicamente pernicioso", "erróneo") son poco durables. Pasan y cambian ante nuestros ojos. Las obras del mismo Dostoievski, orgullo de la literatura universal, durante un tiempo no se podían imprimir entre nosotros (actualmente, aún no se le publica íntegramente). Estaba excluido de los programas escolares, se le hacía inaccesible al lector, se le injuriaba. Durante muchos años ¿no se consideró a Essenin como un "contrarrevolucionario?" (¿y no había prisión para quienes poseían sus libros?). Maiakovski, ¿no fue considerado un anarquista y un aventurero político? Durante decenios ¿no se consideraron como antisoviéticos los poemas imperecederos de Akhmatova? La primera y modesta publicación del deslumbrante Tsvetaieva hace unos diez años, fue considerada como un "grave error político". No es sino con un retraso de veinte o treinta años que hemos reinvidicado a Bunin, Bulgakov, Platonov, Mandelstam, Volochin, Goumilev, Kliouev. No se puede evitar "reconocer" a Zamiatiney y a Remizov. Es el momento decisivo: después de la muerte del escritor disidente, tarde o temprano lo reconocemos "explicando sus errores". Durante largo tiempo no se podía pronunciar en voz alta el nombre de Pasternak. Pero he ahí que está muerto: ahora se editan sus libros y sus versos se citan en las ceremonias.

En verdad, en ellos se cumplen las palabras de Pushkin: "Sólo son capaces de amar a los muertos."

Pero una publicación tardía, o la "aceptación" de un nombre, no compensa, de ninguna manera, las pérdidas sociales y artísticas que sufre nuestro pueblo a causa de estos monstruosos retardos y de esta sofocación de la conciencia (había enparticular autores de los años veinte, Pilniak, Platonov, Mandelstam, que muy temprano denunciaron el nacimiento del culto a la personalidad y los actos característicos de Stalin, pero no se les hacía caso o se les reprimía en lugar de escucharlos). La literatura no se puede desarrollar con las categorías de "permiso" y "no permiso". La literatura que no está en el aire que respira la sociedad contemporánea, que no puede comunicar su dolor y sus preocupaciones, que no puede ponerse en guardia a tiempo contra los peligros morales y sociales, no merece el nombre de literatura no es digna más que del término de maquillaje. Una literatura así, pierde la confianza de su pueblo. Sus libros no merecen ser leídos, no son más que papeles viejos.

Nuestra literatura ha perdido la posición de guía que ocupaba en el mundo a fines del siglo pasado y a principios de éste y ese brillo en la experimentación que la distinguía en los años veinte. Para el mundo entero, la vida literaria de nuestro país aparece en la actualidad infinitamente más pobre, más vulgar y más vil de lo que podría ser si no se la limitara, si no se la cerrara el camino. El que pierde es nuestro país, tal como es juzgado por la opinión mundial, y también la literatura universal. Si ella dispusiera de todos los frutos de nuestra literatura, sin limitaciones; si profundizara gracias a nuestra experiencia espiritual, entonces la evolución artística del mundo entero se desarrollaría de otro modo; encontraría un fermento nuevo y saldría un nuevo sol artístico.

Propongo que el congreso exija y obtenga la supresión de toda censura —abierta o velada— a la producción artística, que libere a las editoriales de la obligación de obtener una autorización antes de toda publicación.

2] Los deberes de la Unión frente a sus miembros. Estos deberes no están claramente formulados en los estatutos de la Unión de Escritores ("defensa de los derechos de autor y medidas para la defensa de otros derechos de los escritores"). Es penoso constatar que, después de un tercio de siglo, la Unión no ha defendido ni "los otros derechos" ni los derechos de autor de los escritores.

Mario Vargas Llosa: **De la censura**

Siempre será difícil hacer entender a los funcionarios y políticos —de cualquier país, de cualquier sistema— que la censura, aun mínima, es para la literatura un veneno mortal. Por la sencilla razón que no hay censura mínima: si se admite que hay una sola razón válida para prohibir un libro, al final se deberá admitir la prohibición de la literatura universal. Si el pretexto adoptado es el moral, no será difícil demostrar que desde la *Ilíada* hasta el *Ulises,* todas las grandes obras literarias son inmorales; si es político, que son subversivas y disolventes; si es religioso, que son heterodoxas, impías, blasfemas o irreverentes. La censura fomenta la arbitrariedad y desemboca en el absurdo. Su origen es la incomprensión del acto creador, un inconfesable temor a la obra de arte, y la estúpida creencia de que un libro, un cuadro, un poema o una película no son sino instrumentos para la propaganda política o religiosa, vehículos para difundir y acuñar en la sociedad las consignas y la ideología del poder.

[*Marcha*, 1967]

Durante su vida, muchos autores han sido expuestos, en la prensa y en las tribunas, a las injurias y a la calumnia, sin que hayan tenido la posibilidad material de responder; aún más, han sido expuestos a la violencia y a la persecución personal (Bulgakov, Akhmatova, Tsvetaieva, Pasternak, Zochtchenco, Platonov, Alexandre Grin, Vassili Grossman). No solamente la Unión de Escritores no les ha ofrecido las páginas de sus publicaciones para que se justificaran y defendieran, no solamente no ha intervenido en su defensa, sino que la dirección de la Unión está siempre a la cabeza de los perseguidores. Aquellos que han embellecido nuestra poesía en el siglo xx han sido excluidos de la Unión, a menos que no hayan sido admitidos. Mas aún: la dirección de la Unión ha abandonado cobardemente en su desgracia a aquellos a quienes la persecución ha condenado finalmente al exilio, al campo de concentración y a la muerte (Paul Vassiliev, Mandelstam, Artem Vesioly, Pilniak, Babel, Tabidze, Zabolotski y otros). Debemos interrumpir esta enumeración por las palabras "y otros"; después del xx Congreso del Partido, hemos sabido que había más de seiscientos escritores que no eran culpables de nada y que la Unión, obediente, abandonó a su suerte en las prisiones y los campos. Sin embargo, esta lista es aún más larga. Nuestros ojos jamás la han leído, jamás leerán el fin de esta lista que permanece enrollada. Hay ahí nombres de jóvenes prosistas y poetas que hemos conocido por azar gracias a encuentros personales, hombres cuyo talento ha zozobrado en los campos antes de alcanzar su florecimiento, hombres cuyas obras no han franqueado los límites de los escritores de seguridad del Estado desde el tiempo de Yagoda, Iejov, Beria y Abakumov.

No hay ninguna necesidad histórica por la cual la dirección de la Unión eluda nuevamente compartir con las precedentes la responsabilidad del pasado.

Propongo que en el parágrafo 22M de los estatutos de la Unión, se formulen claramente todas las garantías de defensa que la Unión acuerda a sus miembros, expuestos a la calumnia y a las persecuciones injustificadas, y esto a fin de que la repetición de las ilegalidades sea imposible.

Si el congreso no permanece indiferente a lo que he dicho, le pido que preste atención a las prohibiciones y a las persecuciones que yo mismo he sufrido:

1o. Mi novela *En el primer círculo,* me fue arrebatada hace casi dos años por la seguridad del Estado, lo que me ha impedido someterla a los editores. En cambio, contra mi voluntad, sin que se me haya informado, esta novela ha tenido una edición "cerrada", contra natura, para lectura en un medio selecto no definido. Mi novela es accesible a los funcionarios de la literatura, pero ha sido escatimada a la mayoría de los escritores. Yo no puedo tener una discusión abierta acerca de esta novela en las secciones de escritores ni impedir los abusos o los plagios.

2o. Al mismo tiempo que la novela, me han arrebatado mis archivos literarios reunidos desde hace quince o veinte años; había en ellos asuntos que no estaban destinados a la publicación. Ahora se difunden en ediciones privadas y en los mismos medios, extractos tendenciosos de esos archivos. La pieza *El banquete de los vencedores,* escrita en verso y que me aprendí de memoria en el campo donde yo figuraba bajo cuatro números distintos (cuando estábamos abandonados a la muerte, olvidados por la sociedad, cuando afuera nadie se alzaba contra la represión), esta pieza, que he dejado muy lejos, a mis espaldas, me ha sido atribuida como mi obra más reciente.

3o. Desde hace tres años han dirigido una campaña de calumnias irresponsables contra mí, que hice toda la guerra como jefe de batería, que obtuve condecoraciones militares. Se dice que pasé ese tiempo como condenado de derecho común o que me rendí al enemigo (jamás estuve prisionero), que he "traicionado a la patria", que he "servido a los alemanes". Así explican los once años que pasé en los campos y en el exilio, cuando me habían detenido por haber criticado a Stalin. Esta calumnia la difunden en reuniones privadas y bajo instrucciones, personas que ocupan puestos oficiales. En vano intenté detener la calumnia en mi carta a la Unión de Escritores de la República Rusa y a la prensa. La dirección no me ha contestado y ningún periódico ha publicado mi respuesta a los calumniadores. Al contrario, el año pasado, la calumnia difundida contra mí, se reforzó, se hizo más ácida; explotan ahora los materiales deformados de los archivos que me confiscaron y estoy privado de la posibilidad de responder.

4o. Mi relato *El pabellón de los cancerosos* (veinticinco cuartillas), que fue recomendado para su publicación por la Organización de Escritores de Moscú; no puede publicarse ni por capítulos separados (cinco revistas lo rechazaron), ni íntegramente (rechazado por *Novy Mir, Zvezda y Prostor*).

5o. La pieza, *El reno y la choza,* aceptada en 1962 por el teatro Sovremenik, aún no ha obtenido la autorización para escenificarse.

6o. El guión cinematográfico *Los tanques sabían la verdad;* la pieza *La luz que hay en ti* y pequeños relatos *(El pincel verdadero),* no encuentran ni realizador ni editor.

7o. Mis cuentos que se han publicado en la revista *Novy Mir,* no se han editado jamás en volúmenes. En todas partes los han rehusado (Ediciones del escritor soviético, Ediciones literarias del Estado, Biblioteca Ogoniok); de manera que permanecen inaccesibles al gran público.

8o. Al mismo tiempo, me prohíben todo contacto con mis lectores; la lectura pública de mis obras, (en noviembre de 1966 se prohibieron, en el último momento, nueve sesiones de once que estaban programadas) y la lectura por la radio. El simple hecho de dar un manuscrito para "lectura y copia" es ahora, entre nosotros, un acto criminal (los viejos escribas rusos podían hacerlo hace cinco siglos).

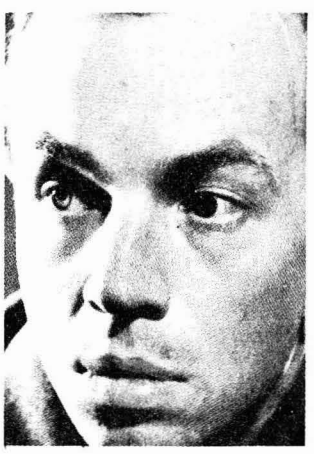
Así, han sofocado definitivamente mi obra, la han amordazado, la han calumniado.

¿Va a encargarse o no, el Cuarto Congreso de la Unión de defenderme contra un atentado tan grave a mis derechos de autor y a mis "otros" derechos? Me parece que la elección de lo que debe hacerse no carece de importancia para el porvenir literario de muchos delegados.

Estoy tranquilo, ciertamente, porque en todas las circunstancias he cumplido con mi deber de escritor y lo cumpliría con más éxito, de una manera más incontestable en la muerte de lo que lo he hecho en vida. Nadie puede obstruir el camino de la verdad. Estoy presto a aceptar la muerte por el movimiento. Pero ¿tantas lecciones nos enseñarán que no se puede detener la pluma de un escritor mientras esté vivo? Ni una sola vez esto ha embellecido nuestra historia.

Andrei Voznesenski

Carta al periódico "Pravda"



Respetado camarada Zimianine:*

Hace casi una semana que vivo en una atmósfera de chantaje, de confusión y de provocaciones.

El 16 de junio, la Unión de Escritores me hizo saber oficialmente que mi viaje a Nueva York, que tenía por objeto asistir el 21 de junio al Festival de las Artes (era sólo una velada consagrada a la poesía y ésta había sido reservada a un poeta soviético), era inoportuno.

Previne a la dirección de la Unión de las consecuencias que esto podría tener. Seis meses antes se había hecho publicidad a esta reunión; los carteles estaban puestos y los boletos vendidos. Era imposible reemplazar la velada. A pesar de que mi íntima opinión era que la decisión de la Unión no era razonable, envié inmediatamente un telegrama a los Estados Unidos para decir que no podía ir.

¡La velada se fue al diablo! Olvidemos que no se conoce bien la causa, desde luego (antes del 16), todos estaban de acuerdo y después, súbitamente, cambiaron de idea. Es intolerable el engaño y la falta de principios que rodea todo esto.

Yo trabajo, participo en las actividades de la Unión, voy a los teatros, se me obliga a recibir a los escritores extranjeros y me doy cuenta de que la Unión ha hecho saber a los periodistas extranjeros, desde hace tres días, que estoy gravemente enfermo. Evidentemente, la dirección sabe mejor lo que debe hacer, pero ¿por qué, al menos no se me avisa? Se pueden inventar las más grandes idioteces. Eso es burlarse de la más elemental dignidad del ser humano.

Soy un escritor soviético, soy un ser humano vivo, de carne y hueso, y no una marioneta a la que se mueve por medio de un truco.

¿Por qué debo oír súbitamente por la radio que: *"El gobierno de la URSS ha permitido a Voznessenski asistir al Festival. La decisión que prohibía la salida, ha sido anulada. Las visas estaban acordadas. Se trató sólo de un boleto de avión."*

Y al mismo tiempo, la Unión me dice: *"El viaje no tendrá lugar. Diremos que está usted enfermo."* Por consiguiente, a mí me miente sobre un punto, y a todo el mundo sobre los demás. ¿En qué situación me encuentro? ¿Qué debo responder a la gente? Durante todo este tiempo nadie, de la dirección de la Unión, me ha llamado ni me ha explicado de qué se trata, o al menos me ha dicho cuál es la versión oficial de mi no partida. ¿Por qué? Se trata de un engaño total. ¿Por qué dicen una veces que estoy enfermo; otras, que he debido tomar mi boleto de avión demasiado tarde o que saldré poco después, cuando todo el mundo se da cuenta que la fecha de la velada ya pasó? ¿Por qué comprometen a un poeta a los ojos de miles de amantes de la poesía soviética? ¿Por qué obligan a las gentes a asistir a un acto que no tendrá lugar? ¿Por qué obligan a los organizadores de la velada a nuevos gastos? Y en general, ¿por qué crean tal agitación en torno al hecho de que yo iría o no iría, y esto en un momento tan importante de la historia?

No se trata de mí, se trata de la suerte de la literatura soviética, de su honor, de su prestigio mundial. ¿Hasta cuándo vamos a seguir arrojándonos lodo nosotros mismos? ¿Hasta cuándo seguirá utilizando estos métodos la Unión de Escritores?

Se ve que la dirección de la Unión no concibe a los escritores como seres humanos. Practica, habitualmente, la mentira. Y se trata de compañeros míos. Las cartas no nos llegan, o las contestan otros. Son verdaderos camaleones llenos de grosería. A su alrededor: la mentira, la mentira, el desenfado y la mentira.

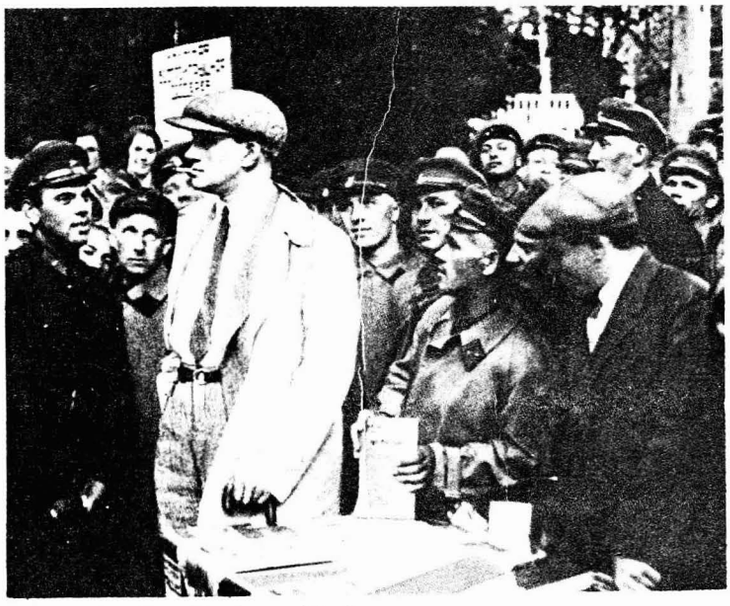
Me avergüenzo de formar parte de la misma Unión con esas personas.

Es por ello que escribo esta carta a vuestro periódico que se llama "Verdad" (Pravda).

* Jefe de redacción del periódico *Pravda*

[*Le Monde*, 1967 . Traducción de Rebeca Lozada]

1928: *Gorki y los obreros*



1929: *Mayakovski y los soldados*

1929: *Shólojov en una fábrica*

Lidia Chukóvskaya
Recado a Shólojov

Cuando usted, Mijaíl Alexándrovich Shólojov, habló ante el Vigésimo Tercer Congreso del Partido Comunista, fue a la tribuna no como persona particular, sino como un portavoz de la literatura soviética; por tanto, en dicho acto legitimó usted que cualquier escritor, inclusive yo, también juzgase lo que usted dijo supuestamente en nombre de todos.

En la historia de la literatura rusa, no sé de un solo caso en que un escritor haya expresado públicamente su pena, no por la dureza de la sentencia, sino por la clemencia de ésta . . .

El desprecio de Stalin por la ley le costó a nuestro pueblo millones de víctimas inocentes. Los persistentes intentos por promover el dominio de la ley, la estricta observancia del espíritu y la letra de la ley soviética y los adelantos logrados en ésta, constituyen la hazaña más preciosa ocurrida en nuestro país en los últimos años. Y es justamente esta hazaña la que usted ha pretendido robar a nuestro pueblo.

Yo estoy avergonzada, no por los sentenciados, ni por mí, sino por usted: al reducir proposiciones complejas a proposiciones simples, al jugar con la palabra *traición* en forma tan indigna, usted, Mijaíl Alexándrovich, ha sido falso, una vez más, al deber de un escritor.

Protesto por la sentencia pronunciada por el tribunal. La comparecencia en juicio de Sinyavski y Daniel fue ilegal por sí misma. Un libro, una obra de ficción, un relato, una novela, en suma, una obra literaria, buena o mala; escrita con talento o sin él; verdadera o falsa, no puede ser juzgada por ningún tribunal criminal, militar o civil. Sólo por el tribunal de la literatura.

La literatura no está bajo la jurisdicción de un tribunal criminal. Las ideas se combaten con ideas, no en las prisiones. Algo de esto debió usted decir, pero usted habló, en la tribuna, como un renegado. Su vergonzoso discurso no será olvidado. La literatura cobrará cuentas a quienes traicionan la obligación que ella impone.

[*Harvil Press*, 1967]